

La sociedad del riesgo y Las estrategias fatales: dos aproximaciones a un “estado de exposición”

Daniela Renjel Encinas
Universidad de Chile
Colombia

Beck, Ulrich.

La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad.

Barcelona: Paidós, 1986.

Baudrillard, Jean.

Las estrategias fatales.

Barcelona: Anagrama, 1983.

Los dos libros a continuación reseñados son reflexiones contemporáneas que comparten una temporalidad histórica transfronteriza al centrar su atención y preocupación en ciertos aspectos de la modernidad, enfatizando la contracara de un progreso, ahora puesto entre comillas, que da cuenta de varios aspectos emergentes de lo que vendría a ser la modernidad tardía o la postmodernidad en el primer mundo.

Así, la noción de “riesgo”, que hace referencia al estado en que un ser vivo o una cosa es expuesta a peligro, llega a tener por significado para Beck el de la “posible autodestrucción de la vida en la Tierra”, lo que ha hecho del significado del término un casi fantasmagórico continuo estado de vida en el que la amenaza, y no el coraje o la aventura (como podría pensarse), es la constante en la existencia de cada uno de los habitantes. Si bien los menos favorecidos sufrirán primero sus consecuencias al no tener un capital en conocimiento y medios económicos para comprar seguridad, según el autor,

los riesgos no se quedan allí donde fueron producidos, sino que se extienden globalmente, alcanzando también a los más favorecidos. Es ya célebre la afirmación de Beck al respecto: “la miseria es jerárquica; el smog es democrático” (1986: 41).

Estos riesgos presentan ciertas características, como su irreversibilidad, los daños sistemáticos que causan y el permanecer invisibles, lo que no significa que sean irreales, como afirma Beck, sino todo lo contrario: es su invisibilización el “motor de su surgimiento y por tanto una prueba de su realidad” (1986: 51). Asimismo, tarde o temprano, afectan incluso a quienes los producen y no son solo ocupación de las tradicionales esferas de poder, sino también de la opinión pública que discursivamente no deja de crearlos o minimizarlos.

Este es un tema importante, porque al hablar de opinión pública no nos referimos solamente al poder de la prensa o el entorno intelectual, sino también al del entorno artístico, literario y, hoy en día, audiovisual. Es especialmente desde estos espacios desde donde se interpreta y reconfigura la existencia y poder de ciertos riesgos, y se ofrece este ejercicio a un público consumidor que a su vez los percibe, transforma, entiende, justifica, combate, etc. De esta forma, como se verá con Baudrillard, ciertos actores de violencia prefieren “dialogar” con los medios que con las esferas de un poder político moralmente decadente.

Beck analiza la sociedad moderna partiendo del daño ecológico que ésta se causa a sí misma y luego sufre como aparente inevitable consecuencia del

desarrollo. Este aspecto es interesante, ya que la separación, al menos teórica, entre ciudad y naturaleza se muestra como una poderosa interrelación que no soporta más dicho quiebre. Tomando como punto inicial los riesgos de esa humanidad, la exploración de Beck culmina en aspectos eminentemente sociales y culturales, como son las transformaciones de las relaciones hombre/mujer/familia en la modernidad. La tesis del autor es que los seres humanos al verse desprendidos de la seguridad que aportaba su clase social y remitidos a un destino laboral “con todos los riesgos, oportunidades y contradicciones” (1986: 96), fueron obligatoriamente individualizados en todas sus formas. Esto es, lanzados a velar por un bienestar que ya no es dado por la cuna y que, en muchos casos, contempla una suerte de contradicciones en lo que cada uno opta por valorar.

Dos hitos marcan el cambio de esta modernidad: Chernobyl y la caída del muro de Berlín. Paradójicamente, ese desastre y el aparente cese de las polaridades globales promoverían un Estado más protector; Estado que brinde seguridades sociales en lo económico, educativo y referente a la salud, pero no es así: son las reglas del Estado posindustrial las que mayor inseguridad traen a la sociedad en estos tres ámbitos, debido a las consecuencias incalculables de sus acciones y permisiones.

La cuestión anterior da paso al concepto de “reflexividad” de las sociedades. Es decir, la posibilidad de insertar la presencia de los riesgos en su propia lógica capitalista, propia de la era industrial y moderna. Tal es así, que los riesgos no solo se temen, sino que “en lugar de las necesidades dadas de

antemano y manipulables, como punto de referencia de la producción de mercancías, se sitúa el riesgo autoproducible” (Beck, 1986: 63), debido también a sus altos beneficios. De esta forma, la seguridad es otra mercancía puesta en circulación por empresas (tanto médicas, como de seguridad, por ejemplo) especializadas en que el ciudadano tome conciencia de que la probabilidad de sufrir un mal está a la vuelta de la esquina. En esta lógica de mercado, ¿quiénes serán los más interesados en perpetuar los riesgos, habida cuenta que, según Beck, el riesgo real y el imaginario son las caras de una misma moneda?

El trabajo de Beck tiene especial resonancia en contextos donde los riesgos generados por (o como fruto de) la violencia son altos. Tal es el caso de Latinoamérica, espacio donde no solo se admite abiertamente que confiar en el Estado y sus garantías es difícil, sea porque éste no tiene recursos para brindar seguridad, o porque se nutre de la inseguridad que consiente o provoca, sino porque se ha hecho del riesgo y su contracara -la seguridad- una mercancía más, haciendo del miedo, patrimonio de quienes no pueden comprar tranquilidad.

Baudrillard, por su parte, analiza en *Las estrategias fatales* la sociedad contemporánea, que difícilmente puede ser comprendida fuera de la lógica consumista. Así, si, como dice el autor, la seguridad es otro bien a comprarse y venderse en un entorno donde la simulación es la consecuencia del exceso, la excrecencia e, irónicamente, el vacío, Baudrillard reflexiona sobre la suplantación de la realidad en la era de la transpolítica, puesto que ésta es ya

indefinible e incontrolable; por tanto, hiperreal, si se considera, como sostiene el francés que la representación se confunde con la realidad y el medio con el fin. A través de las figuras del obeso, el rehén y el obsceno, el autor explora la postmodernidad alegorizada a partir de las anteriores, mostrando la desaparición del cuerpo, de la política y de la ilusión, respectivamente.

Es la figura del rehén la que me permite una aproximación al estado de exposición que ya traté con Beck, puesto que Baudrillard afirma que este, “cuando queda secuestrado no está ya muerto ni vivo, se halla a merced de la indeterminación, ya no corre riesgo y está imposibilitado incluso para vivir su propia muerte porque ha sido sustraído a su propio destino” (Baudrillard, 1983: 33). Si bien hay que considerar que el autor utiliza la figura del capturado por terroristas como alegoría que le permite pensar en un ciudadano capturado por y en el modelo económico, político y social, es cuestionable que, en esta visión, el rehén no corra más riesgo (aún en el sentido elemental del término) puesto que éste, por definición, está en calidad de prenda, como señala su etimología; es decir, bajo la posibilidad de sufrir daño “mientras está pendiente un ajuste o tratado”, como señala el Ministerio de Justicia español en su Diccionario Índice de Jurisprudencia Penal (séptimo tomo, p.1330), lo que sin duda es más grave que estar en la postura de exposición transmitida por Beck.

No obstante, me gustaría señalar también esta misma situación de indeterminación e imposibilidad de vivir su propia muerte por la que atraviesa el propio secuestrador dentro de esta lógica de intercambio simbólico de la que es parte por o sin voluntad. ¿Acaso no está también él en estado de exposición

frente al sistema, a su organización, al destino, al mercado, a su condición social, etc.? Y es que para Baudrillard todos somos rehenes y terroristas, puesto que el secuestro ha dejado de ser un acto político en la medida que no son los oprimidos quienes lo practican a fin de conseguir reformas sociales, sino todas las naciones y grupos.

Al margen de esta afirmación extrema que termina anulando su valor por insostenible (si todos, entonces nadie) me parece importante resaltar la sustitución de los sustantivos. Si en otro tiempo éramos amos o esclavos, sin dejar de serlo, ahora además somos terroristas, cuando no rehenes. Baudrillard abre el debate acerca de la responsabilidad de la totalidad sobre las formas de violencia, específicamente, el terrorismo. Si todos somos terroristas, ¿quién legítimamente debe merecer el castigo?; ¿cómo hacer efectivo un castigo o una indemnización sobre la colectividad? Para Baudrillard, en una sociedad de responsabilidad ilimitada las cosas, anuladas en su soberanía, son todas intercambiables como objetos, y esa ilimitación soberana sería la razón por la que el terrorismo ya no dialoga con la clase política, sino más bien con la mediática.

Ni el arte ni la ficción, concretamente el cine, la literatura y últimamente un corpus de telenovelas que tienen por tema el narcotráfico han sido ajenos a este presupuesto; todo lo contrario: ambos vienen explotando en significancia, especialmente en los últimos años, los riesgos que la sociedad ya explota productivamente como otro capital. Así, pienso en un conjunto sui generis de novelas colombianas que escenifican el tema del narcotráfico y sus violencias

enfaticando estas preguntas: ¿Quiénes son responsables del estado de las cosas en las sociedades? ¿Todos? En este contexto, las producciones ficcionales serían parte de este diálogo que cuenta con un interlocutor ampliado. La pregunta pendiente es por qué se consumen estas producciones. ¿Será simplemente por el placer de presenciar ciertas miserias ofrecidas como un espectáculo?

Las propuestas que tienen a la violencia como eje, desde el cine de acción y suspenso, hasta aquellas donde ésta y sus significancias se hacen motivo de análisis, explotan esta exposición al peligro que el lector y espectador consumen en dosis altísimas. Es innegable el placer que se encuentra en el consumo de creaciones donde los personajes no pueden (o quieren) estar a salvo e incluso, lo que es más interesante, la construcción de nuevas heroicidades en torno a esta imposibilidad de bienestar completo y la imposibilidad de una restauración del equilibrio. Si en las películas de acción o suspenso puede detectarse un equilibrio que ha sido roto y el cual se intenta restablecer, en las producciones donde la violencia es una significancia central, pareciera partirse de un desequilibrio mítico: un mal ya dado, una inseguridad innata, una exposición connatural de los protagonistas, quienes luchan por permanecer en sus actividades pese al riesgo, por sobrevivir en un continuo estado de exposición por el cual, entre otras cosas, el lector o espectador termina simpatizando con una lucha que de inicio no es suya, como es el caso de “El Capo”, telenovela colombiana, cuyo protagonista es el supuesto narcotraficante más grande de todos los tiempos y lleva adelante con su

organización acciones realmente extremas por huir de una justicia que demuestra injusta. Hay una «fuerza de atracción» sistemática entre la pobreza extrema y los riesgos extremos, sostiene Beck, que estas producciones recrean y en algún sentido podrían pretender reparar, habida cuenta que “el mal, en suma, es la visibilización del sin sentido”, según Baudrillard en *La transparencia del mal*. (1990: 74)

Como cabría esperar, dada la reflexividad de las sociedades de la cual trata Beck, la misma ficción sobre violencia, miedo y riesgos está inserta en la lógica del mercado. Se compra y vende; se exhibe, diría Baudrillard; se consume como entretenimiento y seguramente no anula precisamente el miedo, aunque considero que puede posibilitar una comprensión de los factores de la violencia que de otra forma sería difícil obtener. Si damos por cierto que el peligro necesita de interpretación, discurso y argumentos, es decir, que es también una construcción, estos espacios son vitales para, por medio de cierta identificación con los personajes violentos (que no solo producen riesgos, sino también los sufren sin alternativa), lidiar, si no disminuir, la percepción que se tiene de riesgo, puesto que, como recuerda Beck, llegado un punto, no es tan importante diferenciar si el riesgo es imaginado o real cuando las consecuencias son las mismas, no solo para la víctima, sino para el eventual victimario.

¿Cómo podemos dominar el miedo si no podemos dominar las causas del miedo?, se pregunta Beck y creo que a esto ayuda cierto tipo de ficción al sublimar las causas de varios tipos de violencia, sin duda, pero también



respondiendo a esta pregunta y brindando alternativas de reconfiguración de responsabilidades y acuerdos, y haciendo real en la vida de los lectores y espectadores el teorema de Thomas. Así, al menos el miedo, que es mental, quedaría atenuado, a través de cierto grado responsable de estetización de sus causas en la era “trans”.

© **Daniela Renjel Encinas**

Argus-a
Artes & Humanidades

